

—Sí, sí..... trataré de ir—contestó el pobre Leonardo, más turbado y desconcertado aún á la vista de la joven que con la presencia del joven barbudo; y sin saber casi lo que hacía, se ocupó en remediar el mal, lo que consiguió, gracias á la ayuda de Esteban; en seguida, después de saludar de mala manera á la pareja, volvió á subir en el cabriolé.

—¿No me pedís noticias de Julieta?—me dijo con aspereza;—pues bien, ahora acabáis de verla.

—¡Cómo! ¿aquella linda joven?.....

—La misma; ya veis que no ha muerto.—Y lanzó un profundo suspiro.

En el mismo instante llegamos al Palacio de Justicia. Pero como quería saber el fin de la historia, ó más bien la historia entera, dije á Leonardo que viniera á buscarme al salir del Tribunal.

---

## CUARTO VIAJE.

---

LAS DOS VIUDAS.—NAPOLEÓN ILUMINADO.—UNA COFIA QUE CUESTA UN MILLÓN.

Leonardo fué exacto á la cita. Ya no parecía el mismo hombre que por la mañana. Sus ojos brillaban de animación; su tez era más clara; se mostraba aún en su colorido el rubor que repentinamente se le había subido al rostro al ver á los dos jóvenes.

Hiciele esta observación, y me contestó:

—¿Qué queréis? Cuando la veo, su sola vista me embriaga por el resto del día; vuelvo á tener fiebre.

—¿La amáis mucho, según eso?

—¡Demasiado, caballero, demasiado! ¡La he amado demasiado! ¡Caramba! Cuando uno cria á un niño.....

Y se calló como si temiera decir más.

—Si no sois su padre, sin embargo os debe la vida, y el cariño se aumenta con los beneficios—le dije, como una cosa común, pero en realidad para recordarle que sabía el principio de la historia de su protegida, y excitarle á confiarme el resto.



—¡Oh!..... ¿Sabéis?..... Es verdad; os lo conté hace tiempo.

—Hace tiempo—le contesté—me presentasteis á vuestra pupila..... en la calle del Cuadrante..... Una presentación en forma..... á distancia respetuosa..... cuatro pisos.

—¡Eh!..... ¡qué linda era entonces!—dijo Leonardo sonriendo.

—No la encuentro menos ahora.

—Sin duda..... pero entonces ella no quería más que á mí y á mi pobre madre. ¡Ah! cuando pienso en aquella época y en los años que siguieron..... ¡Era tan feliz!

—¿No lo sois ahora, mi pobre Leonardo?

—No, señor.

Callóse, y poco después empezó á hablar de Julieta y de los primeros años que habían transcurrido en la calle del Cuadrante.

La niña había crecido á su lado, tanto en edad como en gracia; su carácter se desenvolvía, y al contrario de la generalidad de los demás niños de su edad, se presentaba tranquila y grave. En sus grandes ojos negros el pensamiento se reflejaba precoz y lleno de ilusiones; hubiérase dicho que tenía el instinto de las desgracias que la habían amenazado tan corto tiempo después de su entrada en el mundo, ó que había conservado su recuerdo. Julieta saltó por encima de esa primera época risueña de la vida. Su grande alegría sólo se mostraba á la vista del sol, á la idea de un paseo en los Boulevards ó en el jardín del Palacio Real, donde le gustaba encontrarse entre las grandes señoras perfectamente ataviadas; un pedazo de cinta le agradaba más que todas las muñecas

y los dulces del mundo. En la niña se dejaba ya ver la joven.

Por lo demás, muñecas y dulces no podían abundar en casa del pobre cochero; y sin embargo, había una rivalidad entre éste y su madre, á ver quién rodeaba de más cuidados afectuosos á Julieta. Pensando sin cesar en su hija adoptiva, Leonardo había llegado á exagerar la ternura y la debilidad de la paternidad.

—A menudo, en medio del día se podía ver su carruaje, en lugar de estacionarse en alguno de los sitios destinados al efecto, permanecer inactivo y vacío delante de la callejuela de la calle del Cuadrante. Al pasar por allí, Leonardo subía á su casa, y no pudiendo ofrecer á su *nená* juguetes demasiado caros para él y que además no eran muy de su gusto, le traía algunas flores artificiales bastante descoloridas, ó algunos pedazos de tela que pedía humildemente á una modista que se servía de su cabriolé. Algunas veces también hacía gastos, y por poco que alguna circunstancia le sirviera de excusa, se complacía en hacer arrojar un grito de admiración á Julieta á la vista de un cinturón de terciopelo ú otro objeto semejante. Un día, bajo pretexto de ser el de San Leonardo, le regaló un par de pendientes dorados y esmaltados, acompañados de sortijas adornadas de piedras, todo encerrado en una caja especial; aderezo completo que la industria parisiense ha conseguido fabricar y ofrecer al público al precio corriente de veinticinco sueldos.

Su madre le decía entonces:

—Leonardo, no sólo pierdes tu tiempo y tu dinero, sino que también echas á perder á Julieta.



—Dejadme, madre—contestaba el honrado cochero;—puesto que hoy son mis días, es menester que me divierta un poco..... y ella también.

Y la buena vieja, después de reñir á su hijo, también se complacía en satisfacer los caprichos de la niña.

Todas las mañanas buenas se veía á Mme. Toureau (este era el nombre de la madre de Leonardo) con su vestido de viuda que usaba hacía quince años; con su pañuelo al cuello, de cuadros encarnados, cuyas puntas caían sobre su espalda encorvada; con su cofia de grandes pliegues formando una aureola de tela blanca alrededor de su frente arrugada y morena, pasear por el Boulevard con admirable resignación á una linda niña vestida con suma rareza, de mil telas variadas y distintas. Esta, con un aire grave y solemne, mostraba con orgullo sus joyas falsas, tanto en los dedos como en el cuello y orejas, llevando en sus largos cabellos negros cuidadosamente peinados alguna flor de oropel, lo que completaba un vestido algo carnavalesco.

Si alguno de los que pasaban volvía la cabeza para examinar de una ojeada este contraste notable, Mme. Toureau decía en voz baja:

—No tengáis cuidado, buenas gentes; si tuviera quince años, no la pasearía de esta manera. ¡De qué tendré yo aire, gran Dios!

Julieta fué la primera en renunciar á este lujo, pero conservó una afición decidida á vestirse bien, afición que modificó, sin embargo, de año en año y la hizo al fin llegar gradualmente al conocimiento de ese gran arte, tan precioso sobre todo para las jóvenes pobres, de distinguirse por su

sencillez. Es verdad que la naturaleza le ayudó.

Entre tanto la educación de Julieta amenazaba ser muy incompleta. A los ocho años no tenía la menor idea de la lectura; la madre Toureau no podía enseñarle lo que ella misma ignoraba, y Leonardo no tenía tiempo para ello. Además, siempre pensando en lo que podía agradar á su *nena*, le hubiese disgustado la idea de causarle un pesar con el estudio.

Afortunadamente, en el mismo piso que madame Toureau vivía una tal Mme. Lardenais, que se ocupaba en iluminar estampas; y como tenía en su taller diez jóvenes aprendizas que empleaban su tiempo en iluminar una porción de obras iconográficas de todas clases, Julieta, fuese por el encanto que las estampas tenían para ella, ó por el deseo, tan natural en verdad, de mezclarse con otras muchachas, vivas, alegres, habladoras, algunas de las cuales tenían pocos años más que ella, pasaba una gran parte del día en su compañía, y pronto llegó á ser el objeto del cariño general.

En los momentos de descanso y recreo, las mayores hacían el papel de mamá con ella, la adornaban, la ataviaban, la peinaban para hacerla más bonita aún; era su niña, su muñeca. A una de ellas se le puso en la cabeza enseñarla á leer, y todas, ó casi todas, se asociaron para la ejecución de esta grande obra. Julieta se prestó gustosa á ello, excitada por el deseo de poder explicarse por sus leyendas y sus inscripciones todas aquellas imágenes y estampas que nada querían decir para ella. Hasta en las horas de trabajo iba de unas á otras con el dedo sobre una letra, pregun-



tando su nombre. Así fué como jugando, casi sin pensar en ello, bajo la inspección de una docena de profesores no universitarios, aprendió esta ciencia tan difícil, tan caprichosa, tan enfadosa.

La viuda Lardenais se encargó en seguida de perfeccionarla con lecciones particulares, y al cabo de un año y algunos meses Julieta leía casi corrientemente. Su saber en este particular se detuvo en este punto, hasta un nuevo acontecimiento, por haberse empeñado Mme. Lardenais en iniciarla en los secretos de otra ciencia mucho más importante: la de iluminar.

La buena Mme. Toureau, ahora en relaciones íntimas con su vecina, gracias á Julieta, había encargado que no se dijera nada delante de Leonardo respecto á los nuevos talentos adquiridos por la joven, pues quería causarle una sorpresa.

En efecto, una noche del mes de Diciembre, día del aniversario del que seis años antes había visto al arrojado cochero salvar á la hija de la catalana de una muerte cierta, al entrar Leonardo en su casa encontró á Julieta engalanada, sentada junto á la chimenea en el sillón de Mme. Toureau, sitio de honor que rara vez cedía á nadie. Al principio no pudo menos de sonreirse al ver las galas de Julieta, sin tratar de adivinar la causa de habérselas puesto, y después se admiró de que ésta no saliera á su encuentro como hacía habitualmente.

Julieta, en una actitud medio teatral, y cuyo efecto había sido estudiado, tenía un libro en la mano y parecía absorta en su lectura; pero Leonardo creyó que estaba simplemente mirando algunas estampas y no fijó la menor atención en ello. Lo que más le chocó fué ver dos bujías encen-

didas, una enfrente de otra, sobre la chimenea.

Jamás se habían encontrado dos luces en casa de Mme. Toureau.

Esta iluminación, la presencia de Mme. Lardenais, que al fin observó, aunque estaba casi oculta en un ángulo de la sala esperando la explosión para mostrarse; el vestido de Julieta, el de madame Toureau, más escogido que de costumbre y realzado por una trenza de cabellos rubios, sus cabellos de los domingos, no tardaron en darle una idea de que se preparaba alguna gran solemnidad.

—¡Hola! ¡qué iluminación! ¡dos estrellas fulgentes y los vestidos de fiesta!—exclamó, llevándose la mano á la frente en guisa de saludo militar;—¿viene acaso el rey á cenar con nosotros?

Por toda contestación, Julieta, con una voz conmovida, empezó la lectura de un capítulo de *La moral en acción*, en que se trataba de una niña salvada del mar por un soldado. Inmediatamente Leonardo recordó la fecha del día y se estremeció; creyó que recitaba una lección aprendida de memoria, en loor suyo, lo que le parecía más que suficiente para llenarle el corazón de alegría; pero cuando se acercó á la lectora y palpitándole el corazón siguió con la vista las líneas, las palabras que marcaba con el dedo, cuando la vió detenerse, vacilar en algunas, equivocarse, corregirse en otras, ¡oh! entonces las mismas imperfecciones de la lectura le revelaron la realidad, y quedó estupefacto, inmóvil, como delante de un milagro, no atreviéndose á dar crédito á lo que veía, y con la boca abierta, preguntaba á su madre con sus miradas estúpidas, cuando ésta le señaló con un gesto á la vecina.



Entonces comprendió todo, y precipitándose como un loco hacia la viuda Lardenais, la estrechó en sus brazos, é iba á dar gracias á su buena madre con una demostración semejante, cuando se detuvo de nuevo con admiración al ver que Julieta le alargaba un rollo de papel.

La idea de un presente en regla, de una pieza de caligrafía con adverbios en *mente*, como *invariably*, *incontestablemente*, tal como le habían enseñado á él en su infancia, para presentar á su madre que no sabía leer, se ofreció desde luego á su imaginación.

—¡Cómo!—dijo—¡también sabe escribir!

—¡Más que eso!—exclamó la buena vieja.

Leonardo, no sabiendo qué podía hacerse en un papel mejor que letras, desató la cinta azul que sujetaba el rollo, lo deslió, y lo que se presentó á sus ojos no fué nada menos que el emperador Napoleón con labios de escarlata, ojos azules y mejillas rosadas que podían dar envidia á cualquier muchacha.

Debajo de la litografía iluminada estaban escritas estas palabras: *Pintado por Julieta Toureau.*

Este nombre de Toureau, el nombre de su familia junto con el de Julieta, y que parecía consagrar su adopción, fué tal vez lo que más conmovió á Leonardo en aquella memorable noche, que terminó con mil abrazos, una ensalada de naranjas y vino caliente.

Jamás se había visto tanta alegría en la habitación de la madre y del hijo, y toda se debía á Julieta. Algunos años después, una alegría más viva para el corazón de Leonardo, una explosión más fuerte, una escena más tierna pasaba entre

estas tres personas; pero con la diferencia que debía terminar de otra manera.

Hasta aquella época, el porvenir de Julieta, su suerte futura había estado entre las manos y á discreción de la buena vieja, la que quería hacer de ella una costurera; por este lado su aprendizaje estaba en buen estado; pero el emperador Napoleón vino á contrariar estas primeras intenciones, á echar por tierra estos planes, como lo había hecho con tantos otros.

Desde que Leonardo tenía á la vista, en un marco de pino con adornos de cobre, la litografía del grande hombre, pintada por *Julieta Toureau*, pensaba en una suerte más elevada para su protegida. ¿Por ventura no se había manifestado la vocación verdadera de su pupila en aquel cuadro? Quería que fuese artista de dibujo, de pintura ó de grabado; poco le importaba; pero quería que tuviese una posición en el mundo. Justamente tenía entre sus parroquianos pintores de mérito á quienes consultó sobre lo que había de hacer, y en consecuencia tomó irrevocablemente su partido: Julieta iría á una academia á aprender el dibujo.

Mme. Toureau se opuso á ello desde luego, diciendo que había que gastar mucho dinero, y mucho tiempo que perder antes que se sacase utilidad alguna, mientras que siendo costurera, con dos años de paciencia, el trabajo de la joven podía bastar á cubrir sus necesidades y gastos.

Leonardo, sin embargo, no se dejó vencer por estas buenas razones; se había vuelto ambicioso, vanidoso, no por él, sino por ella. No volviendo á entrar en la taberna, ¿no ganaría más de lo suficiente para vivir?



—Pero ¿y si caes enfermo?

—¡Bah! me enviaréis al hospital, y allí moriré, no tenéis cuidado.

—¡Al hospital! ¡ah Leonardo!

—Además, no caeré enfermo, yo os respondo de ello; no me echaréis de menos mientras ambas necesitéis de mí. Y luego, ¿acaso no tengo algunos ahorros en la Caja? Todas mis propinas están allí bailando juntas y procreando, en lugar de saltar con otras tantas en el cajón del tabernero. Os digo que no tenéis cuidado; ese dinero está allí para procurar maestros á Julieta, que os lo devolverá con un ciento por ciento de beneficio, y antes de lo que creéis; porque esta mañana he vuelto á consultar á un *famoso doctor* en pintura, que me ha dicho en confianza, como amigo, que antes de saber dibujar puede uno ser profesor..... Para esto hay pensiones..... para los jóvenes. Es un secreto del oficio, y Julieta será desde luego profesora..... de jóvenes; lo que convendrá á esta niña..... ¡y á tres francos por lección, ya veis! mientras que siendo costurera le será preciso permanecer todo el día sentada en una silla para ganar veinte sueldos y un dolor de espalda. ¡Nada de eso! Y Julieta no irá á pie por las calles como otras muchas. No lo sufriré; ¿no tiene, por ventura, un cabriolé á su disposición?

La buena vieja acabó por ceder. Julieta, preparándose á sus altos destinos, concurría todas las mañanas á la academia de dibujo; y después, al mediodía, iba á una pensión de jóvenes para terminar la educación que Mme. Lardenais había empezado; y además tenía, para apresurar sus progresos en una y otra ciencia, un profesor especial.

añadid á este cargo, que debía pesar naturalmente sobre la bolsa del pobre cochero, el papel de todas las cosas, los lápices, las plumas, los lapiceros, los cortaplumas, los originales para trabajar en casa; añadid también algo para el vestido de Julieta, porque la coquetería natural de la linda joven debía aumentar en exigencias á proporción de la nueva posición que querían hacerle, y fácilmente comprenderéis que el desorden no tardó en entrar en el caudal de nuestro amigo. El depósito de la Caja de Ahorros pronto se gastó.

Sin embargo, no se desanimó, y poco cuidadoso de la salud que había prometido á su madre conservar, Leonardo, para aumentar su salario y provechos, se sometió con frecuencia á un servicio doble de día y de noche, economizando hasta en su barba, en su ropa blanca y vestido, á riesgo de comprometer la reputación de buena apariencia que había tan justamente adquirido y parecerse á un cochero de simón, lo que era para él la semejanza más humillante.

Por su parte la buena Mme. Toureau, entrando al fin resueltamente en esta vía que en un principio había querido evitar, secundaba á su hijo en la lucha. Había ya desembolsado demasiado dinero para volver atrás. Las noches que Leonardo pasaba corriendo las calles con su cabriolé, ella permanecía en su sillón cosiendo ó remendando para algunas buenas almas de la vecindad, y cuando á la madrugada volvía aquél, pálido con la mala noche y disponiéndose á continuarla, encontraba á su madre con la aguja en la mano cerca de una vela de sebo casi consumida hasta el fin.